

1977

*Tres amigos
y un fantasma*

- Susana Vallejo -



© del texto, Susana Vallejo
© diseño e ilustración de cubierta,
Victoria Fernández y Marcs Arévalo
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid

www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com
Dirección editorial: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-945196-5-9
Depósito Legal: M-25637-2017
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2017

Impreso en España por Estiló Estugraf, S.L.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor

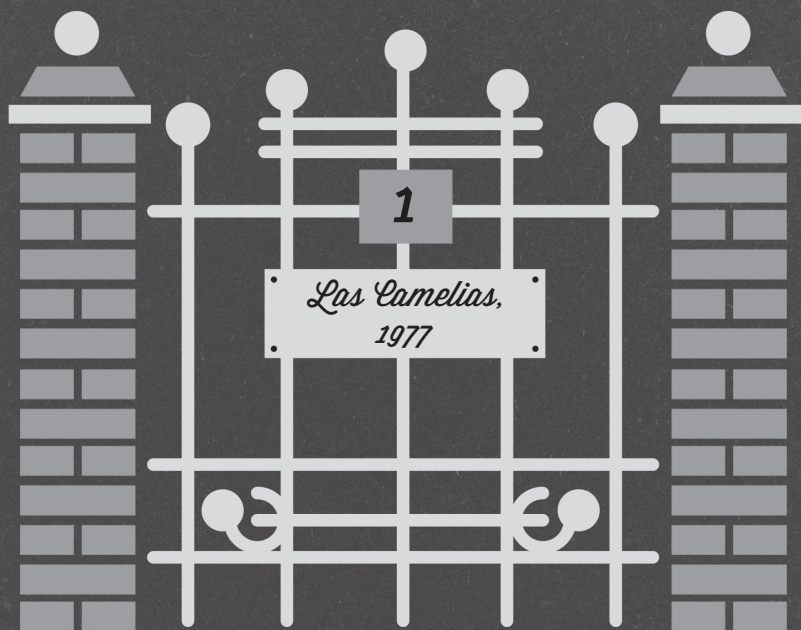


1977

PARTE I:

*Recordando el pasado
desde el presente*





–Huele a nieve.

Ana se acercó a la ventana y contempló el cielo oscuro y mate que parecía amenazar Las Camelias. Hacía una hora aún había luz, y las cuatro amigas, Belén, Begoña, Ana y Arlene habían comentado lo raro que resultaba ese cielo tan gris y sin una sola nube. El internado proyectaba una sombra sin matices y convertía el jardín en un montón de manchas informes.

Se encontraban en la pequeña salita de su habitación. Algunos libros y revistas se repartían por las mesas de forma desordenada.

–Parece que vaya a pasar algo. Es como si el tiempo estuviera aguantando la respiración y luego... ¡zas!, pasará alguna cosa mala.

–¿Qué va a pasar, Ana? ¡Pues que va a nevar de un momento a otro!

Ana dio la espalda a la ventana y se abrochó la cremallera de la cazadora hasta arriba. Era una cazadora con cuello de borreguillo y coderas de color oscuro.

–Fuera debe de hacer un frío que no veas –dijo Belén.

–Pues entonces hay que aprovechar antes de que se ponga a nevar. –Arlene se levantó y se dirigió hacia el armario de la habitación-. Venga, vamos a salir un rato a que nos dé el aire. Ya no aguanto más aquí dentro.

–Pero enseguida empieza *Starsky y Hutch*.

–Todavía falta una hora, Bego. Tenemos tiempo de sobra.

–Necesito un poco de aire. Estoy de las *mates* hasta las narices. –Arlene ya se había puesto su trenca y ahora estaba recogiendo su bufanda roja-. ¿Quién se viene?

Begoña cerró el libro que estaba leyendo y se levantó de un salto.

–Vale, yo voy. Necesito oxigenar el cerebro. Pero después de *Starsky y Hutch* me explicas el ejercicio ese de las probabilidades del dado, que no me entra en la cabeza.

–Yo te lo explico, va.

Belén también se puso en pie y buscó su abrigo marrón.

–Arlene, coge los guantes que luego se te quedan las manos heladas.

Arlene salió del dormitorio con unas manoplas rojas y un verdugo en la mano.

–No me digas que te vas a poner el verdugo.

–Es que hace mucho frío, Bego.

–Pero es horrible. Es la prenda de ropa más horrible...

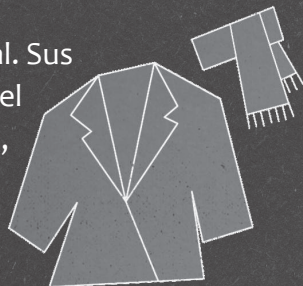
–Yo también me lo pongo. –Ana se lo colocó en la cabeza antes de que Begoña pudiera terminar la frase. Sus trenzas quedaron aplastadas y asomaron por debajo de la prenda.

–Pero ¡cómo no os pica! ¡No hay quien lo aguante y, además, es horrible!

–A mí me da calor en la orejas.

–Ay, Ana; menos mal que aquí no nos ve ningún chico interesante, porque si no, os lo digo de verdad, no os iba a dejar salir con esas pintas tan horrosas.

Ana se miró al espejo. No se veía tan mal. Sus ojos brillaban y destacaban por encima del verdugo gris, y el abrigo y la bufanda gris, y todo el gris que, de pronto, la envolvía como una momia.



–No me interesa ningún chico –dijo Belén-. A mí sólo me gusta Camilo Sesto.

–Pues me parece que por aquí no lo vas a encontrar.

–Es tan guapooo, Arlene. –Belén ignoró las palabras de su amiga-. Y en vivo, cuando lo vi en *Jesucristo Superstar*, estaba aún más guapo.

–Sí, sí. ¿Cuántas veces nos vas a recordar que fuiste a ver la ópera rock?

–Las que hagan falta. Mira, se me ponen los pelos de punta cada vez que me acuerdo.

–Envuélvete bien en la bufanda y verás como no se te ponen los pelos de punta. Venga, vamos afuera antes de que se haga aún más de noche.

Las cuatro amigas terminaron de abrigarse y salieron al exterior. Algunas compañeras del internado regresaban tras dar una vuelta por el jardín.

Dejaron atrás la escalinata que conducía a Las Camelias y el viejo edificio de ladrillos, y se internaron entre las sombras del jardín.

Sus alientos se convirtieron en nubecillas. La luna los iluminaba dotándolos de una textura especial.

–Sí que huele a nieve.

Ana olisqueó el aire.

–Va a nevar. Es... Es como si el cielo se preparase para algo. Como si algo estuviese a punto de estallar.

–Qué pesada con eso, Ana. Se prepara precisamente para nevar.

–¡Ojalá nieve! –exclamó Arlene –. ¿Vamos al bosque?

El bosque, a unas decenas de metros frente a ellas, se había convertido en una masa oscura. La silueta negra de los árboles bailaba lentamente, empujada por un viento gélido.

–No, que hace demasiado frío. Nos helaremos. Y, además, está demasiado oscuro.

–Y luego llegaremos tarde a *Starsky y Hutch*.

–¿Acaso tenéis miedo?

–Yo sí. –Ana levantó la mano–. Arlene, a mí el bosque me da miedo a oscuras. ¿Qué pasa? No me importa reconocerlo.

–Estás con nosotras. ¿Qué puede pasarnos si estamos juntas?

–Ay, Belén, es que tú eres valiente. Pero a mí me da *canguelis*.

–Con nosotras nada malo puede pasarte –repitió Arlene–. ¡Una para todas y todas para una!

Ana fue a sentarse en un banco del jardín, pero al sentir la piedra helada prefirió quedarse de pie. Con las manos en los bolsillos.

–Madre, ¡qué frío!

Arlene respiró hondo y estalló de pronto:

–La impaciencia me mata. ¡Me mata! ¡Estoy deseando que lleguen las vacaciones de Navidad!

–¿Y quién no? –le respondió Belén con desgana.

–Pero es que mi padre se ha comprado por fin el coche nuevo y estoy deseando verlo. Es como un regalo de Reyes adelantado para toda la familia.

–¿Qué modelo es? ¿Al final os habéis comprado el Chrysler?

–No, es un Citroën CX, y nada más y nada menos que ¡gris metalizado!

–¡Metalizado! Qué *moderne*. ¡Cómo mola!

–Es chachi, ¿a que sí? Y debe de correr un montón. Lo estrenaremos para ir a ver *La Guerra de las Galaxias*.



–Nosotros también iremos a ver esa *peli* estas vacaciones. Dice mi tío que es chulísima y que nunca había visto efectos especiales como esos –intervino Begoña.

–Qué suerte tenéis, chicas. A mí seguro que mis padres no me llevan al cine en Navidad. Con lo que me gustaría.

–Ana, si te dejan quedarte un día conmigo –continuó Belén–, podríamos ir juntas. Con mis padres.

–Dicen que hay muchas colas. Nosotros vamos a ir a verla al Real Cinema. Me lo ha dicho mi padre. ¡Qué ganas tengo!

–Qué suerte tienes, Arlene.

Arlene sonrió.

–¡Pues la verdad es que sí! –se rio –. Soy una chica afortunada.

–Tenemos que comprar el próximo número de la *Súper Pop* –intervino Begoña–. Hay un reportaje sobre la *peli*.

–¡Y también sale Camilo Sesto!

–¿Creéis que mañana nos dejarán salir a comprarla?

–Si no nieva, seguro que Teófilo nos lleva en su camioneta.

–¡Que lleva un póster de Camilo Sesto!

–¡Qué pesadita estás con Camilo Sesto, Belén! Mira, yo prefiero a David Soul que no solo es más guapo y mejor actor, sino que, además, canta. –Begoña echó una mirada distraída a su reloj–. Por cierto, que ya casi empieza *Starsky y Hutch* y me voy a perder a David Soul.

–Aún tenemos tiempo de sobra.

–Pero es que no quiero sentarme en el suelo como la semana pasada. Que la salita de la tele se llena, y si queremos verlo bien, nos toca sentarnos en el suelo.

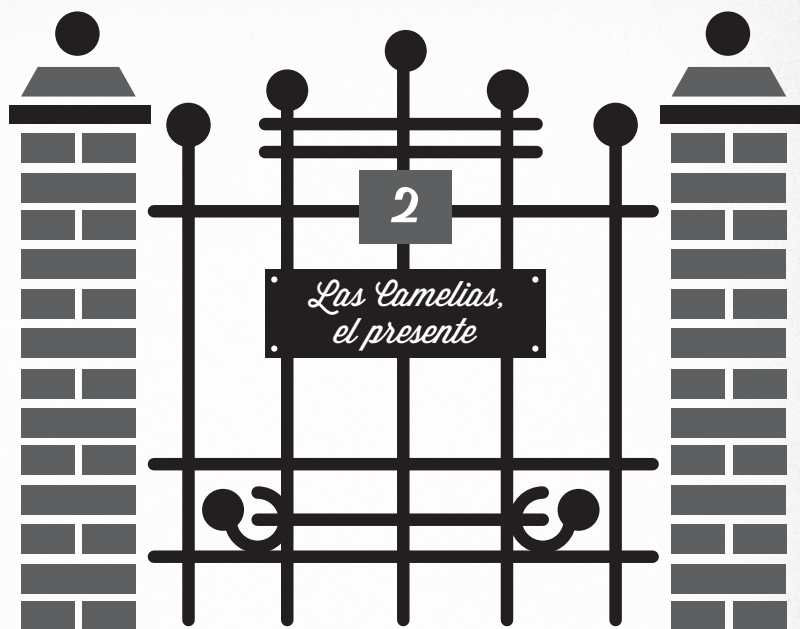
–A mí me da igual sentarme en el suelo.

–Pues a mí no, Arlene, que se me hiela el trasero. *Porfi, porfi*, vamos para adentro.

–Todo sea por *Starsky y Hutch*.

Las cuatro amigas se dirigieron hacia la escalinata. Ana se quedó unos metros rezagada. Había oscurecido ya por completo. Las luces de la entrada mostraban el camino a seguir y la luna parecía más pequeña que hacía un rato. Respiró hondo un aire frío y seco.

–Pues a mí no me gusta nada este cielo. Me da mala espina.



Hacía ya un buen rato que habíamos dejado a Belén, Begoña y Ana a solas con Arlene.

Nos había dado tiempo a ponernos bastante nerviosos, porque no sabíamos cómo iban a reaccionar al encontrarse con un fantasma. Sí, vale, era un fantasma conocido y amable, el de su amiga, una amiga que seguía teniendo doce años. ¡Pero era un fantasma a fin de cuentas!

Miré por la ventana. Una luz de invierno tan brillante que daba la impresión de que la primavera estuviera a la vuelta de la esquina nos iluminaba. Pero se trataba de una falsa impresión. Seguía haciendo frío, por mucho que el sol intentase engañarnos.

Por fin me acerqué a la puerta de la biblioteca; escuché un grito de sorpresa y después risas. Dejamos pasar algunos minutos.

—¿Entramos? Seguro que ya se han acostumbrado a Arlene.

Víctor asintió. Él era el único profesor que podía verla.

Bea llamó a la puerta.

—¿Podemos pasar?

—¡Pues claro!

Entré tímidamente en la biblioteca, seguida por Bea, Berto y Víctor.

Arlene sonreía. Estaba en pie, rodeada por las tres mujeres que ahora rondaban los cincuenta años y que habían sido sus mejores amigas hacía casi cuarenta. Vestía, como siempre, su uniforme de Las Camelias: la falda tableada, los calcetines, la camisa blanca... Y se notaba que estaba contenta por el brillo de sus ojos. Era ese mismo brillo que le había visto otras veces, cuando se ponía así como melancólica y triste, solo que esta vez se la veía Feliz, con mayúsculas.

Sus amigas también sonreían. Y eso que Ana tenía los ojos enrojecidos y llorosos. Me imagino que las emociones la habrían sobrepasado. Después de todo, no es tan habitual encontrarte con tu mejor amiga de hace cuarenta años, como un fantasma, tal cual la recuerdas. Porque Arlene no había cambiado nada, mientras que ellas habían seguido creciendo, haciéndose mayores y continuando con una vida que, sencillamente, había terminado hacía mucho tiempo para Arlene.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible?

Mientras Begoña se mostraba sorprendida, Belén, que era cantidad de lista, ya estaba atando cabos.

—Ahora entiendo por qué sabíais lo de ABBA, y por qué os inventasteis lo del diario... Fue Arlene la que os lo contó todo sobre nosotras.